



DOCENCIA - FORMACIÓN

ENVEJECIMIENTO Y NECESIDAD DE APRENDER

***Lidón Cerezuela, M^a Beatriz**

*Prof. Dpto. Enfermería. Universidad de Murcia

Palabras clave: vejez, aprendizaje.

INTRODUCCIÓN

La persona de edad avanzada, dado el momento del proceso de envejecimiento que vive, ha de adaptarse a una realidad cambiante. Para ello necesita adquirir nuevos conocimientos, nuevas actitudes, nuevas habilidades, nuevos valores, necesitan seguir aprendiendo.

Pero existe un desconocimiento profundo de lo que es la vejez y el proceso de envejecimiento. De ahí que se apliquen a la población senecta estereotipos, mitos y prejuicios socialmente aceptados, los cuales dificultan en gran medida la consideración del viejo como ser adulto, individualizado, con necesidades aún latiendo en su interior y algunas capacidades por seguir desarrollando.

Además, este grupo de población no participa de los valores predominantes en la sociedad actual: productividad, entendida en términos económicos; consumismo, para lo que se necesita alto poder adquisitivo; predominio de la dimensión física sobre las demás, utilizando criterios estéticos que ellos no alcanzan. La persona, conforme envejece, se convierte en un ser en el cual "no merece la pena invertir" y acaba siendo considerado como una carga.

Por otra parte, el término normal es un término muy relativo. ¿Existe la normalidad entendida como punto de partida para la homogeneización?. Hablamos de alumnos normales entendiendo por estos aquellos cuyas necesidades educativas y los recursos necesarios para su satisfacción son similares. Si compartimos la concepción de la persona como un conjunto de dimensiones funcionando armónicamente en un todo único, irrepetible, individual, podemos hablar también de educación personalizada y por tanto de "diseño exclusivo" para cada uno de nosotros. Desde esta óptica, todos podríamos ser considerados como alumnos con necesidades educativas especiales (en cuanto a diferentes del resto), ya que todos, de alguna manera, somos diversos. En este sentido, la persona que ha llegado a la edad de la

vejez, posee una especificidad añadida a su carácter único como persona, lo que aumenta la especificidad de sus necesidades en el terreno del aprendizaje.

Eludir dichas necesidades en una sociedad que envejece colectiva y progresivamente cuanto menos no contribuye al desarrollo de la misma.

CONCEPTO DE PERSONA

No cabe duda de que la persona es un todo integrado por varias dimensiones (biológica, psicológica, social y espiritual) que interactúan buscando la armonía en dicha relación. Al exponer su modelo teórico, V. Henderson afirma que este ser total, presenta catorce necesidades fundamentales e insiste en la importancia de satisfacer dichas necesidades aludiendo a la situación que se produciría de no ser así: el ser no estaría completo, colocándose en una situación de dependencia incompatible con su deseo último de ser autónomo, de encontrar la salud, entendida esta no como ausencia de enfermedad, sino, siguiendo la definición de Dunn como "aquél estado que permite a una persona funcionar al máximo de su potencial en un medio específico".

Siempre que una necesidad queda sin cubrir repercute en la satisfacción del resto. Entre ellas se encuentran la necesidad de aprendizaje, así como la de realizarse o participar en actividades recreativas, ambas directamente relacionadas con la educación.

Según Henderson, "aprender es la necesidad que presenta el ser humano de adquirir conocimientos, actitudes y habilidades para modificar sus comportamientos o para adquirir otros nuevos con el fin de mantener o recuperar la salud".

Así, la persona continuamente ha de adaptarse positivamente a los cambios personales o medioambientales que repercuten en su capacidad de funcionar al máximo de sus potencialidades. La adquisición de conocimientos proporciona a la persona la información que requiere para responder a las transformaciones que experimenta en todas sus dimensiones mediante el desarrollo de recursos que le permiten luchar contra la enfermedad, el estrés y la ansiedad de la vida cotidiana. Este hecho adquiere mayor relevancia en la edad de la vejez ya que el individuo se enfrenta a una etapa de su vida que supone grandes cambios en todos los ámbitos.

CONCEPTO DE VEJEZ

Poder definir a partir de qué o de cuando uno es viejo es realmente complicado por varias razones:

La vejez es una época de nuestra vida sobre la que pesan una serie de mitos y estereotipos sociales que dificultan su abordaje objetivo. Quizá el más grave de ellos, a mi modo de ver, sea la tendencia a considerar a los viejos como un grupo homogéneo con las mismas demandas, ilusiones, dificultades, capacidades, actitudes, con los mismos deseos, sentimientos, recursos, valores. Lo anterior significa negar lo que nos hace exclusivos, únicos e irrepetibles, lo que nos permite ser a cada uno sí mismo.

Los ancianos elaboran su autoimagen basándose, en gran medida, en los conceptos reinantes en su entorno, asumiendo como verdaderos los clichés fabricados por la sociedad industrializada a la que pertenecen. Ante dichos estereotipos cabe:

- Un enfoque negativo:

Supone que el objetivo primordial es la conservación y la solución a la vejez es retrasar el declive (no hay una aceptación de la condición de viejo). El ciclo de la vida concluye con fracaso.

- Un enfoque positivo:

No es una empresa fácil pero ya Cicerón apostaba por dicha solución y lo expresaba así: "no es probable que después de haber dispuesto con tanto cuidado las demás etapas de la vida, la naturaleza haya desatendido el último acto, como un poeta incapaz".

Otra razón también de peso parte de la constatación de algo realmente simple pero no por ello más integrado: uno no amanece viejo un día cualquiera, sino que la vejez se llega como consecuencia de un proceso (el proceso de envejecimiento). Comienza cuando nosotros, lo vamos amueblando con experiencias, lo moldeamos desde nuestra concepción de lo que es vivir y nos va acompañando, transformándonos, por las diferentes edades de la vida, a las que nos vamos asomando con todo lo que somos (ni más ni menos).

Por tanto, aunque sea la vejez una etapa nueva, no llegamos a ella desprovistos de equipaje, venimos abarcando todos los periodos anteriores, sin los cuales no seríamos la misma persona.

En este proceso por el que nos construimos necesitamos permanentemente aprender: de cada paso, de cada edad, de cada momento diferente, extraer conclusiones que nos permitan seguir avanzando. Y también a la inversa, es preciso no abandonar la educación como elemento fundamental en dicha construcción, recurso que facilitará la adaptación a las distintas modificaciones que irán aconteciendo a lo largo de la vida.

¿Qué criterios, pues, se aceptan como válidos para decidir si una persona es vieja?

Quizá el más simple, el que viene a la mente de todos cuando se trata este tema sea el cronológico: el transcurrir del tiempo, la edad y como consecuencia la disminución de la esperanza de vida (o lo que es igual, la cercanía de la muerte).

Sin embargo, no es difícil comprobar que cumplir años no significa lo mismo para cada uno de nosotros. Existen pues otros criterios que hemos de tener en cuenta. Así, también se recurre con facilidad a la dimensión biológica, ese progresivo declinar del organismo- tanto a nivel estructural como funcional- al cual asistimos cotidianamente y que afecta, o cuando menos modifica, la calidad funcional del ser vivo.

Esta alteración en el funcionamiento del individuo se extenderá antes o después a su participación social transformándola drásticamente sobretodo en el plano laboral (jubilación).

Pero los criterios enumerados (cronológico, biológico, social) no son suficientes para expresar la totalidad de la vejez y como bien indica Laforest, reducir la realidad a uno de sus aspectos particulares es un peligro que los gerontólogos han de evitar aplicando un enfoque suficientemente global. Esto supone tener conocimiento sobre la vejez no sólo desde una perspectiva científica, sino desde la experiencia personal, considerándola no sólo en sus aspectos negativos ni tampoco inclinando la balanza hacia el otro sentido presentando una visión idílica de la misma, sino contemplándola

como situación de crecimiento y decrecimiento(en función de las dimensiones a las que hagamos referencia) desde este punto de vista, Laforest acaba definiendo la vejez como una "situación existencial de crisis, resultado de un conflicto íntimo experimentado por el individuo entre su aspiración natural al crecimiento y la decadencia biológica y social consecutiva al avance en años".

Así, a pesar de ser una edad de la vida o precisamente por ello, no podemos referirnos a la vejez como un estado sino que ha de ser percibida como algo dinámico ya que el ser ha de resolver permanentemente esta contradicción que implica la coexistencia de dos tendencias opuestas en un mismo organismo: seguir creciendo, conformándose, educándose asistiendo al declive biológico que afecta al resto de dimensiones humanas.

ESPECIFICIDAD DE LA PERSONA VIEJA

La persona vieja es una persona adulta por lo que mantiene intacto su derecho a estar informada para poder decidir sobre su propia vida, participando activamente en todo aquello que le concierne directamente, lo que constituye su lucha por el mantenimiento de la autonomía.

La especificidad con respecto a otros grupos de población le viene dada por su pertenencia a una determinada etapa vital que supone:

- Cambios biológicos (estructurales y funcionales) de carácter fisiológico.
- Cambios psicológicos relacionados fundamentalmente con la propia vivencia del proceso de envejecimiento, en especial por:
 - La cercanía de la muerte que, generalmente, supone una mayor conciencia de nuestra finitud.
 - Experimentar en nosotros mismos y en nuestro entorno más próximo el paso del tiempo.
- Cambios sociales que se traducen en:
 - Modificación del rol social debido a la jubilación.
 - Implicaciones económicas derivadas de dicha modificación.
 - Transformación de las relaciones con los otros.
- Cambios a nivel espiritual, ya que las variaciones experimentadas en el resto de dimensiones provocan -o han de provocar- un cambio en el sistema de creencias y valores.

Toda esta sucesión de cambios que van instalándose insidiosamente en la vida provoca una crisis resultante de la necesidad de establecer nuevas relaciones con la realidad que está experimentando una importante transformación.

Con el fin de aumentar nuestra comprensión de dicha crisis, recurrimos una vez más a Laforest, para quién esta presenta tres dimensiones interrelacionadas:

- Crisis de identidad personal o necesidad de establecer nuevas relaciones consigo mismo y con el mundo de los valores.

Se trata de encontrar la nueva identidad, aceptando e integrando en lo que somos las transformaciones que el paso del tiempo aporta a nuestra existencia. Por tanto, el devenir personal planteado en términos de crecimiento, consistiría en ser, vivir más, no en tener y hacer más.

- Crisis de autonomía o necesidad de establecer nuevas relaciones con los demás (con respecto a la satisfacción de las propias necesidades).

Frente a esta dimensión de la crisis, la persona puede optar por una solución positiva, que consiste en mantener la identidad personal conservando una imagen positiva de sí y estableciendo el lugar de control interno, o bien, adoptar una solución negativa: una situación de dependencia física es vivida por el anciano como experiencia desvalorizante (disminución personal), abandonan el timón de su propia vida a los demás, pasando el lugar de control a ser externo (sobrepotección).

- Crisis de pertenencia o necesidad de establecer nuevas relaciones con la sociedad y con la corriente misma de la vida.

En el centro de esta crisis aparece la jubilación, periodo crítico inherente al proceso de envejecimiento que afecta no sólo al ámbito laboral sino a las relaciones de la persona con su grupo de pertenencia. La participación social constituye una necesidad fundamental que varía según la etapa de la vida adoptando formas nuevas pero sin desaparecer.

Resolver esta crisis de forma negativa supone la aparición del tedio y la soledad por empobrecimiento de la calidad de las relaciones sociales.

Constituye una solución positiva, la actitud de interesarse por la vida, no sintiéndose extraño a todo lo que pasa.

Para comprender qué es lo que está pasando e identificar los recursos de los que dispone cada persona en la adaptación a su nueva realidad resulta imprescindible seguir aprendiendo, integrando nuevos conocimientos, adoptando actitudes diferentes, adquiriendo habilidades que no poseíamos, lo cual nos va a permitir dar una solución positiva a esa crisis llamada vejez.

CONCLUSIONES

Todo cambio de actitud precisa una modificación en las creencias que la sustentan, la cual es posible si logramos variar la información que nos ha llevado a construir ese conjunto de creencias sobre algo o alguien responsables de nuestro posicionamiento.

Además un cambio que repercute en los otros, si pretendemos que sea real, no puede ser un hecho aislado, sino que ha de implicar a toda la comunidad afectada por el mismo. Sólo una sociedad diferente es capaz de integrar a los individuos diferentes.

Ser viejo no significa ser como un niño ("menos capaces de decidir por ellos"), ni tampoco ser un enfermo (dependiente, "no válido", etiqueta que les coloca la sociedad a la que un día le fueron útiles), ni tampoco adultos con los que es injusta toda comparación, ya que les aplicamos patrones que no se corresponden con su edad cronológica, biológica, psicológica, social o funcional.

Ser viejo es llegar a una etapa de la vida diferente, en la que se dan una serie de cambios, algunos de ellos muy radicales e influyentes en la propia existencia y para cuya asunción la persona ha de prepararse. Resulta muy complejo o mejor dicho imposible de asumir lo que se desconoce, razón por la cual el viejo debe poseer los recursos educativos que le permitan comprender su proceso de envejecimiento y modificar la idea errónea que de él tenga para empezar a variar la imagen de la vejez y propiciar el cambio social necesario.

BIBLIOGRAFÍA

1. BERGER, L. y MAILLOUX-POIRIER, D. (1989): *Personnes âgées, une approche globale. Démarche de soins par besoins*. Québec: Maloine.
2. BIZIER, N. (1992): *De la pensée au geste*. Québec: Maloine.
3. CICERÓN (s/f): *De senectute. Diálogo sobre la vejez*. Madrid: Gredos.
4. FERNÁNDEZ FERRÍN, C. y NOVEL MARTÍ, G. (1993): *El proceso de atención de enfermería. Estudio de casos*. Barcelona: Ediciones Científicas y Técnicas, S.A.
5. LAFOREST, J. (1991): *Introducción a la Gerontología*. Barcelona: Herder.

ISSN 1695-6141

© [COPYRIGHT](#) Servicio de Publicaciones - Universidad de Murcia